

¡Cuán fea cosa es y cuán peligrosa decir algo que despues nosotros mismos, maravillados della, nos preguntemos qué es lo que hemos dicho!

Nuestro Señor Jesucristo, sabiendo que del mucho hablar salen muchos males, y principalmente males que son contra el principal capítulo de la ley, que son riñas, discordias, enemistades (porque miremos bien lo que decimos), nos dijo y amenazó que aquel día en que ha de ser examinado y juzgado el mundo hemos de dar cuenta de toda palabra ociosa.

Por esto el salmista, rogando á Dios que le guarde de hablar mal, dice: «Pon guarda á mi boca y un candado á mis labios.» Guárdate de ser boquierto, ni largo y demasiado en el hablar: no te lo quieras tú decir todo; que todos han de hablar á veces, aunque plati-ques con gente necia ó baja. Tampoco seas muy pesado ni tardío en el hablar, ni te escuches contentándote de lo que dices, pareciéndote cada palabra de las tuyas una rosa.

Estando entre hombres sabios y prudentes, mucho mejor es oír que hablar; mas lugares hay en que es tan gran tacha callar, como fuera hablar cuando no cumple. No hay deleite en el mundo que se pueda comparar con el que se toma en hablar y conversar con un hombre sabio y bien hablado.

No seas importuno en preguntar, que es cosa pesada y enojosa. Sabe que dice Horacio: «Huye de los que preguntan á menudo; que no pueden dejar de ser parleros.»

No seas en tus pláticas porfiado, ni te des mucho por defender todo lo que dices; que si te responden la verdad, luégo callando la has de reverenciar y acatar como cosa divina.

Si no te responden conforme á la razon, disimúlalo, siquiera por amor de un amigo, ó por amor de guardar tú la templanza que debes, principalmente si no es cosa que perjudica á buenas costumbres ni á la religion.

Toda porfia es demasiada cuando no se espera della sacar algun provecho.

Parece que naturalmente todos se van á oponer contra los hombres arrogantes, que se precian mucho, ó que son soberbios. Ni hay nadie que pueda sufrir la autoridad, aunque sea en varones señalados y que la merezcan, si anda acompañada con menosprecio.

No sean tus palabras pregoneras de tu saber, ni muestres lo que sabes con hablar; mas tus obras sean tales, que ellas de suyo lo declaren.

No pienses que todos huelgan de oír lo que te huelgas de decir.

Guarda de hacer cosa que hayas de tener cuidado de encubrir, ó que te haya de poner en cuidado si se sabe; mas si por ventura la hubieses hecho, mira no la descubras á nadie. Lo que quieres que otros no digan, tú lo has de callar primero; y si lo dices, mira bien y torna á mirar de quién te fias; que cosas acontecen que á gran pena se pueden fiar de un amigo. Cuando te descubrieres á él, mira no mezcles alguna gracia; que hartas veces se descubren secretos por contar un dicho.

El secreto que pusieren en tu pecho guárdale con mayor lealtad que si te hubiesen fiado un gran tesoro.

No hay cosa segura en esta vida, ni de que nos podamos fiar, si no se guarda la fe que se debe á los secretos.

Lo que hubieres prometido mira que lo cumplas, por cosa recia ó difícil que te sea; á lo ménos, á no hacer nada, has de hacer que te quiten la palabra que has dado; y si no te la sueltan, en ninguna manera dejes de quitarla cumpliéndola.

No seas importuno en demandar lo que te han prometido; juzga siempre con mayor rigor de tus cosas que de las ajenas.

Mira que has de pensar que todos tienen sentido, razon, entendimiento y juicio. No pienses que con palabras les podrás persuadir que es bien hecho lo que es malo, ni al reves. No tengas esperanza que se ha de engañar nadie con cosas fingidas, cubiertas y coloreadas; que á la fin todas estas cosas vienen á luz, y parecen tanto más feas y son más aborrecidas, cuanto primero habian sido más solapadas y secretas.

Porque cuanto mayor ha sido el engaño, tanto despues de sabido nos da mayor enojo.

Por esto es mucho mejor que vayan todas nuestras cosas, á la clara, llana y sencillamente.

Porque, aunque algunas veces parece que no es recibida la verdad al principio con buen rostro, mas despues poco á poco viene de suyo á hacerse bienquista; tanto, que cuando lo conocemos, no hay cosa que más queramos ni con que más nos holguemos que con ella.

Bien acaece que la verdad parece que anda en grande tormenta y en peligro de perderse; pero á la fin jamas se anega.

Tambien habeis de mirar cuán vano es y cuán de poco tomo el provecho que se gana con mentiras, y cuán poquito dura; mas si la verdad trae algun desabrimiento ó perjuicio, presto se acaba.

Huye pues de la mentira como de la cosa del mundo que más estraga las costumbres; que cierto no hay ninguna más baja en la naturaleza humana que es ésta, que nos aparta de Dios, y nos hace semejantes y siervos del demonio.

Y al cabo, tarde ó temprano la mentira ha de ser tomada á manos, y con gran afrenta vuelve á dar en rostro á quien la inventó ó entretuvo. ¿Qué cosa más menospreciada ni más vil que un mentiroso? Si te toman por tal, nadie te creará, aunque digas la mayor verdad del mundo. Si te tienen en opinion de verdadero, más creerán una cosa cuando hicieres de cabeza señalando que es así, que si otro con grandísimos juramentos la afirmase.

Si quieres nunca contradecir, y que en tus palabras haya siempre constancia, no tienes necesidad de memoria para acordarte de lo que otras veces has dicho, sino de decir siempre cosas que tú creas que son verdaderas.

Siempre la verdad conforma con la verdad; mas la mentira ni cuadra con la verdad ni con la mentira. Mas, si quieres creer siempre la verdad, no creas sino lo que tiene en sí apariencia de verdad.

Y no seas sospechoso; que bien dicho está aquel comun dicho: «Si quieres ser verdadero, no seas malicioso.» Desventurado de aquel que se mete en cosas

de donde no se puede escabullir sino mintiendo. No tengas por costumbre de jurar; que el sabio dice: «Quien mucho jurare será lleno de maldad, y nunca dejará Dios, nuestro Señor, de enviarle azotes.»

Y el Señor en su Evangelio nos manda que no digamos sino: «Así es», ó «No es así.»

Grandísima es la reverencia que se debe á Dios; no le hemos de traer á cada paso ó por cada nonada por testigo, ni se ha de hacer sino contra nuestra voluntad y por fuerza.

Quien fácilmente jura en las cosas de veras, ligeramente jurará burlando; y quien acostumbra á jurar en cosas de burlas, no está en dos dedos de jurar mintiendo.

Los que te han de creer, tan bien creerán jurando como no jurando; los que no, cuanto más jures, te tendrán por más sospechoso.

CAPÍTULO XIV.

Cómo nos hemos de ayudar los unos de los otros.

Siendo nuestro intento, como ha de ser en general, de hacer bien, y que nos ayudemos los unos á los otros, hase todavía de hacer alguna diferencia entre los hombres; que son unos como de nuestra casa, otros son nuestros conocidos, á otros no los conocemos. De nuestra casa llamo á todos los parientes, deudos y allegados, y á los que están en la misma casa y familia. A todos hemos de querer bien; tanto, que aún con los que nunca conocimos y con los que nos son extraños nos hemos de haber de tal manera, que se conozca que tenemos una general amistad con todo el mundo, y que á todos tenemos buena voluntad.

Mas no has de ser uno con todos; ántes ha de haber gran discrecion en juzgar cómo nos hemos de haber con los unos, y cómo con los otros. Con unos te has de aconsejar, á otros has de obedecer y seguir, á otros has de honrar y reverenciar, á otros has de pagar el bien que te han hecho, principalmente si con diligencia y lealtad te han hecho alguna buena obra ó si han entendido en tus cosas.

En lo cual la voluntad se ha de recibir por hecho; que en poco menor grado está el que procuró hacernos algun bien que el que lo hizo. Si alguno ha trabajado en tus cosas, no se lo agradezcas ménos que si te hubiese dado dineros.

Que no pienses que es ménos entender con buena voluntad y diligencia en cosas ajenas, que dar dineros; ántes se ha de estimar en tanto más, cuanto preciamos más nuestro cuerpo que el dinero.

No esperes á que tu amigo venga á descubrirte su necesidad; tú la has de oír y salirle al camino á ayudar. Ataja la plática cuando te piden algo justamente; otórgalo sin pesadumbre ántes que te lo acaben de pedir.

A tus padres no solamente los has de amar, mas despues de Dios, los has de reverenciar singularmente, y obedecer sus mandamientos como preceptos divinos; creyendo (como á la verdad es) que para contigo ellos en la tierra te representan á Dios, y que no hay nadie que te quiera más ni que tenga más cuidado de tus cosas.

V. F.

En el segundo lugar, despues de éstos, has de tener á tus maestros, á tus ayos, á tus tutores, y finalmente á aquellos que han tenido cargo de tus costumbres, que son la cosa más preciosa y más excelente que hay en el hombre.

Ámalos y hónralos como si fuesen padres, obedécelos con humildad, alegría y presteza, pensando que lo que te mandan no lo mandan por su provecho, sino por el tuyo. Y pues esto es así, muy malas gracias les darás tú si, desvelándose ellos por hacer bien, en lugar de tan buena obra, les pagas en aborrecerlos ó en ser rebelde y porfiado con ellos.

Cree que te ama quien con amistad te reprende, y que jamas daña la reprension, aunque sea de tu enemigo; porque si dicen la verdad, muéstrante de qué te has de enmendar; y si no, enséñante de qué te has de guardar; y así no puede faltar de hacerte mejor ó más avisado.

Cuando piensas tomar á alguno por amigo, examina y conoce primero muy bien sus costumbres, y sabe cómo se ha habido con otros amigos; porque no entres en amistad que te pese de haberla tomado. No tomes conversacion ni amistad con hombre de quien los buenos se apartan, ni con quien conversa con ruines.

Huye de los que no se aficionan á tí, sino á tus bienes, como son truhanes y chocarreros, con cuya conversacion no puedes dejar de recibir mancilla en tus costumbres, ó caer en gran peligro.

Apártate de los que tienen envidia á la prosperidad de sus amigos, y de los que, ó por ser graciosos y no perder un dicho, ponen algunas veces la vida, otras veces la honra ó el secreto de su amigo al tablero, ó por ser parleros, se les suelta de la boca lo que con gran cuidado habrian de encubrir. Sobre todo huye de los que por cada nonada andan buscando ocasiones de reñir, y que por una rencilla de poca importancia toman grandes enemistades, y se quieren más vengar de las personas á quien otra vez han querido bien, que de las que nunca conocieron, ó siempre han aborrecido, con una bárbara y diabólica persuasion, que tienen creído que han de sufrir ménos la injuria de su amigo que de su enemigo, en lo cual muestran claramente que nunca supieron qué cosa era bien querer; que si lo supiesen, no se tendrían tan presto por injuriados. A los tales, cierto mejor es tenerlos por enemigos que por amigos, ó á lo ménos no los conocer ni conversarlos.

Sé tardío en tomar amigos, y constante en guardar la amistad.

Los familiares que escogieres, no sean los que te pueden dar mayor placer, sino los que más te han de aprovechar; no personas que hablen á favor de paladar, sino lo que más cumple; no que lisonjeen, sino que digan la verdad.

Si te acostumbras á abrir las orejas á lisonjas y á cebarte en ellas, jamas oirás verdad.

Dos malas bestias son las que en nosotros hacen más estrago: la una fiera y brava, que es la envidia; la otra mansa y doméstica, que es la adulacion.

Cuanto hemos de preciar y de querer la sabiduría y la virtud, tanto hemos de aborrecer y maldecir de la lisonja, que nos estorba que no lleguemos á ser sabios

ni buenos, dándonos á entender que ya lo somos, y tanto nos hemos de holgar con la amonestacion que nos hace que lo seamos, mostrándonos cuanto nos falta, y por dónde y cómo lo hemos de alcanzar.

Ya que tan de mal se te hace que otro te reprenda, mira no hagas cosa que merezca reprehension.

Desventurado el hombre que no tiene quien le amoneste cuando tiene necesidad dello.

Huye de la conversacion de los malos como de los que están heridos de peste; que no ménos se ha de temer que se pegue el un mal que el otro; si ya tú no fueses tal, que tengas confianza que los podrás enmendar con tu conversacion. Mas guarda no sea demasiada esta confianza que de tí tienes, porque nuestra naturaleza se va hácia el mal cuesta abajo; mas el camino de la virtud es cuesta arriba y es muy alto.

Considera y examina bien quién eres, y de dónde y de qué estado, y hallarás que no hay cosa en tí por que tú hayas de tener más licencia de hacer mal que los otros.

Cuanto mayor fuere la licencia que tú tienes por uso ó por costumbre, tanto has de refrenar más tus antojos.

Sé afable y bien criado con los que son ménos que tú; ten acatamiento á los que son más; con tus iguales sé fácil y conversable, de tal manera, que donde interviene vicio guardes siempre tu entereza y rigor.

No se te haga muy de mal de que quien puede más que tú te menosprecie: cree que esta tacha más está en la fortuna que en el hombre.

Si otro que puede ménos que tú te enojare, no lo has de tomar luégo por afrenta, sino echarlo á una cierta libertad, que nació de la confianza de tu humanidad.

Tambien has de pensar que eres demasiado delicado si cuando te tocan en un pelo te parece que te dan gran golpe.

No creas que tú solo eres hombre, y que los otros son bestias, que no han de osar chistar; hombre eres, vive en ley igual con los otros hombres.

Mas si eres más sabio ó mejor, tanto más debes perder de tu derecho, y darle á otros, que ó son más simples ó más flacos. Sé más rigoroso contigo, y no quieras que tan ligeramente te perdonen; pues la sabiduría y virtud te han hecho tan constante y fuerte.

Si no excedes en virtud, ¿por qué quieries parecer mejor que otros? Y si lo eres, ¿cómo no les llevas ventaja en moderar tus pasiones?

Sin comparacion es muy menor mal recibir agravio que agraviar á nadie; ser injuriado, que injuriar; y mejor es que otros te engañen á tí, que no que tú engañes á nadie; como aún por la sabiduría humana lo vinieron á alcanzar los gentiles, como fueron Sócrates, Platon, Aristóteles, Séneca.

Ten en memoria que es cosa de hombres y conforme á la flaqueza de nuestra naturaleza humana recibir engaño ó error. Por eso no tomes tan á mal los pecados que otros hacen, ni te agravies tanto de el error que cometieron contra tí.

De ánimo generoso es perdonar; mas guardar el enojo es de hombres recios y crueles, de ruin casta y bajos; lo cual aún la naturaleza nos lo muestra en los mudos animales.

Y pues Dios ninguna cosa hace más veces ni de mejor gana que perdonar, ¿quién será tan loco, que no diga que la más hermosa y excelente obra que podemos hacer es ésta, con que tan cerca nos allegamos á la naturaleza de nuestro sumo y poderoso Dios?

Así te debes de haber con los hombres, como querrias se hubiese Cristo contigo. Y cierto es mucha razon que tú perdones á los hombres de tal manera, como tienes necesidad que Dios te perdone semejantes ofensas ó muy poco menores.

No hay mejor oracion, ni que más fuerza tenga delante de Dios, que aquella que nos enseñó Jesucristo, su hijo, nuestro Redentor y Señor, por lo cual se llama la oracion del Señor.

Pues mira que esta tal oracion no la puedes decir con sencillo y verdadero ánimo si de todo corazon no perdonas al hombre todo cuanto pides que Dios te perdone á tí. Con esta condicion se nos perdona una deuda grandísima, con que nosotros perdonemos otra muy pequeña.

Todo junto cuanto un hombre puede pecar contra otro, no se puede traer en comparacion con los pecados que cada uno de nosotros comete en cada punto contra Dios, porque la diferencia es tan grande de lo uno á lo otro, cuanto va de Dios á un hombre.

Si estás enojado con alguno, haz, segun te aconseja el Apóstol, que no se caiga el sol ántes que tu enojo.

Cuando te hayas de ir á acostar desnuda de tu ánimo las rencillas, enojos, ofensas, codicias, congojas y pasiones, para que con ánimo concertado y sosegado te puedas entregar en el dulce reposo.

Si una vez has perdonado, procura que aquel que perdonaste sienta que lo hiciste de buen corazon y lealmente, de manera, que ni te acuerdes más de lo pasado, y te conozca por amigo en todo lo que le pudieres ayudar y aprovechar.

Si otro te ha injuriado, guarda por amor de Dios no pretendas tú tomar venganza por tu mano ni por mano ajena. Mira que no tienes tá libertad, ni te toca á tí vengarte de quien es siervo de otro, ó por mejor decir, de aquel que sirve al mismo señor que tú: cata que haces injuria á tu señor si no le dejas á él el conocimiento y juicio de la causa que ha pasado en su casa, y entre vosotros que juntamente le servis.

Y pues no hay duda de que Dios es Señor de todo el universo, todos somos siervos suyos, bástete á tí que tus quejas lleguen delante de su acatamiento; y aún más te digo: que sería mejor que tú no las llevases, porque el ojo del Señor ve todas las particularidades que pasan en el mundo, y segun dice la Escritura sagrada: «Él conoce al que hace la injuria y al que la recibe.»

Por esto dice Dios: «Dejad á mi cargo el castigo; que yo pagaré á cada cual lo que merece.»

Porque, como la injuria esté en la intencion del que la hace, y no en la obra, solamente Dios puede ver la intencion y voluntad, y saber el justo castigo que se debe, y él solo puede darle.

Más nosotros, ciegos por la mayor parte, tomamos por injuria aquella que no lo es, segun que estamos apasionados con lo que deseamos, y esta pasion no nos

deja examinar con buen tino lo que hay en cada cosa; ántes desatinados, nos lleva por mil despeñaderos.

CAPITULO XV.

De cómo nos habemos de haber con nosotros mismos.

Conviene que cada uno no solamente se ame y se quiera bien, sino que se tenga veneracion y respeto tal, que le haga tener vergüenza de sí mismo, si piensa hacer alguna cosa neciamente, ó sin prudencia ó sin vergüenza, ó mala contra las gentes ó contra Dios.

Pues Dios te hizo esta merced de darte conciencia, que consiente con el bien y reposa en él, no pierdas tan señalado don como éste. Estima en más lo que calladamente juzga tu conciencia que las voces de la loca y necia muchedumbre: no te dejes llevar por ella; que así como alaba y precia lo que no sabe que es, así condena y desecha lo que no conoce.

La conciencia es la que si está turbada y desasegada trae grandísimos tormentos en el ánimo; y cuando está sosegada y en reposo, aún estando en la tierra, nos pone en bienaventuranza, á la cual no se pueden comparar riquezas, ni tesoros, ni señoríos, ni reinos. Y esto es lo que nuestro Señor en el Evangelio promete á los suyos, que aún en esta vida les dará bienes mucho mayores que los que por él dejaren; pues los unos nos ponen en miseria, ó á lo ménos no bastan para sacarnos della, y los otros de suyo nos hacen bienaventurados.

La fama ni puede aprovechar al malo, ni dañar al bueno.

Un muerto ¿qué lleva de la fama más que lleva una pintura de Apéles muy loada, ó que un caballo que fué vencedor en la Olimpia?

Y aún al vivo no le sirve de más que esto, si él no sabe lo que dél se dice; y si lo sabe, todo lo que sirve es, que el sabio lo menosprecia, y el que es ignorante se contenta y agrada de sí mismo, y se ensoberbece.

La conciencia da verdadero y firme y duradero testimonio de lo que es cada uno; y este testimonio es el que valdrá delante el juicio de Dios, que no los dichos de las gentes. La conciencia es gran maestra para enseñarnos á vivir; y como dijo uno muy bien, «es muro de metal», con el cual solo defendidos y amparados, estamos guardados y seguros, sin recelo de los innumerables peligros desta vida. No hay espanto que baste á moverle; porque está clavado en Dios, y en él sólo tiene su confianza, y conoce que dél tiene muy particular cuidado aquel á quien todas las cosas obedecen.

Torpe cosa es que otros te conozcan, y que no te conozcas tú á tí.

Cómo no basta que sepas tú lo que eres? y lo que es de estimar en más que todas las cosas desta vida, no te basta que lo sepa Dios?

Mas los que menosprecian el dicho de las gentes, y se descuidan de la fama por poder pecar más sin miedo y sin cuidado, éstos ya en dos maneras son malos; porque no tienen respeto á Dios ni al mundo, y hacen muy gran agravio y injuria á su conciencia, de la cual se burlan y escarnecen, menospreciando la fama para dar mayor libertad á su conciencia, la cual más desbocada

corre por los vicios no la refrenando el respeto de las gentes.

Amar cada uno á sí mismo (hablando propiamente y como hemos de hablar) es con todas nuestras fuerzas trabajar, y con grandes y muy continuos ruegos pedir á Dios que la parte excelentísima de nuestro ánimo esté adornada y aderezada con sus verdaderos y propios atavíos, que es con religion.

No se ha de hablar, ni se puede decir que se ama á sí, el que ama las riquezas, la honra, el deleite, ni finalmente el que ama cuantas cosas exteriores hay, ni á su mismo cuerpo, pues la parte principal del hombre es la mente.

Ni se ama tampoco el que por no se conocer se engaña ó se deja fácilmente engañar de otros, y algunas veces se goza, dándose á entender que hay en sí bienes que ó él no tiene, ó no son tales.

Este tal amor no le puede el hombre llamar amor de sí mismo, pues que él mismo no es otra cosa que su ánimo; llamarse ha amor del cuerpo, sin consejo, ciego, bravo, dañoso y pernicioso para sí y para otros.

El cual no sin razon Sócrates declaró ser principio y cabeza de todos los males; porque éste es el que tirando para sí más de lo que cumple, quita y desata la caridad que habia de haber entre los hombres; y esto habria siempre cada uno de pensar y considerar continuamente, porque de aquí nace todo cuanto mal hay en el mundo.

Que claro está que quien de esta manera se ama, ni él puede querer bien á nadie, y siendo particular para sí, cómo ha de ser amado?

Quien es soberbio no se puede acordar con los mansos, y mucho ménos con otros soberbios.

Nuestro Salvador Jesucristo con un breve documento nos declaró qué cosa era amarnos y qué cosa era aborrecernos, diciendo: «Quien aborrece á su ánima, no regalándola en estas cosas de fortuna y perecederas, este tal verdaderamente la ama y desea su salud; mas el que la ama regalándola en cosas ajenas, éste la aborrece y quiere su perdicion.»

¿Quién (si no está del todo fuera de entendimiento) dejará de sufrir, ó huirá de un poco de trabajo por un premio eterno y celestial; pues aún estas cosas perecederas y frágiles no se alcanzan sin trabajo? ¿Qué género de vida escogerás, que no esté llena de cien mil fatigas? Y tanto más, cuanto se apartare más desta que mostramos.

Entra, entra con buen ánimo en trabajos; no rehuayas, que por ninguna parte te podrás escabullir; que ésta es la ley de los que tienen á Adán por padre, que trabajen, y ésta es la maldicion de los que son hijos de Eva, que se aflijan. Mas mira que por donde piensas huir del trabajo, por allí te vas á anegar en él.

Y pues así como así en esta vida hemos de pasar trabajos, ¿cuánto mejor es emplearlos en cosas que nos han de dar bienaventurado y perpétuo galardón, que no en éstas que en la presente vida nos dan premio tan bajo y tan vil y que tan presto se desvanece en el aire, y en la otra nos ponen en perpetuos tormentos y tristezas?

Cuanto más, que el hacer bien es cosa de ménos

trabajo, y trae consigo muy menor peligro y muy menor cuidado que hacer mal; porque el pecado siempre anda acompañado de temor y de congoja, y siempre le sigue el arrepentimiento.

El pecado es muerte en el hombre, y quien peca, mucho más mal sufre que quien pierde esta presente vida. Mucho más es pecar que perder la cabeza; porque es apartarse de Dios, que es nuestra vida, y del sosiego de la conciencia, que es la cosa más bienaventurada que tenemos.

Las tachas del pecado y las mancillas que deja en el alma, lávalas con lágrimas y con penitencia y con oración, invocando la divina misericordia, poniendo gran confianza en ella.

Con muy gran atención y con muy particular cuidado hemos de huir las causas y las ocasiones de pecar, que, como dice el Sabio, «quien ama el peligro perecerá en él.» Y el diablo siempre está esperando sus ocasiones y coyunturas para nos acometer, de miedo de lo cual, jamás hemos de estar ni aun un punto sin cuidado.

Siempre hemos de guerrear con él; que bien dijo Job: «La vida de un hombre es una continua guerra en la tierra.»

Y como el enemigo sea tan poderoso, de tanta fuerza, tan recatado, astuto, antiguo, y tan ejercitado, y haya en él tanto poder y tanta arte, no hemos de pensar que ni por razón ni por arte ni por fuerza nuestra hemos de poder igualar con él, cuanto más vencerle; por esto, desconfiando en nosotros, hemos de acorrer á Dios á demandar su ayuda.

Por esta causa nuestro Señor y Maestro muchas veces mandó á los suyos que orasen, y que con muy gran devoción y hervor le pidiesen á Dios, nuestro redentor y padre, que no consintiese que fuesen traídos en tentación, que es en batalla, en que hubiesen de pelear con el diablo.

Y en la oración que el mismo nos enseñó, el remate es: «No permitas, Dios y Señor nuestro, que seamos tentados; mas libranos del malvado demonio, que siempre nos está asechando.»

Estemos pues como si estuviésemos ya puestos en el

escuadrón, el ojo alerta, las haldas en cinta, vivos, despiertos, y no dejando jamás perder nuestras ocasiones.

Y pues esta vida huye con tanta presteza, siendo su fin tan incierto, que no hay quien se pueda asegurar un día, es cosa de locos y de grandísimo peligro alargar nuestra esperanza á plazo largo, y dilatar hacer nuestros aprestos para en la jornada que hemos de pasar, á la cual cada momento nos llaman y emplazan, no sabiendo cuándo nos han de poner en el camino por donde forzosamente habemos de ir, agora nos pese, agora nos plega. Por lo cual sea nuestro ejercicio aparejar y ganar un tesoro para la otra vida, en que no pase día que no añadamos algo; porque estando con él aparejados y confiados, nunca por nuestro descuido y flojedad nos tome desapercibidos la muerte, sino aparejados para la partida, estando ya hartos de las cosas deste mundo, y llevando para la otra delante en nuestras manos grande y firme esperanza de la vida que hemos pasado inocente y santamente, mediante la fe de Jesucristo, Hijo de Dios, y la religion y piedad que él mismo nos enseñó; que ésta fué la mayor y más singular y excelente merced que pudo el hombre recibir de Dios, por la cual venimos en conocimiento del, y cuanto un hombre mortal puede, le imitamos, seguimos y alcanzamos.

Si no fuese por esto, ¿qué cosa sería el hombre, sino un animal como los otros, que sin seguir el camino de la razón, sin saber por qué ni para qué, se van por donde los piés los llevan? ¿En qué les llevarían ventaja, sino en ser en su brutalidad inmortal?

Así como se ha de estimar en más un día de un hombre que vive por razón, que la vida larguísima de un cuervo ó de un ciervo, así se ha de apreciar más un día pasado en servicio de Dios y en religion, que es en vida divina, que todo el siglo eterno junto, habiendo de ser sin conocimiento y amor de Dios.

«Ésta es la vida eterna (dice nuestro Señor Jesucristo), que conozcamos al Padre, y á Jesucristo, su unigénito Hijo, que él envió.» Éste es el camino de la perfecta y cumplida sabiduría, en la cual el primer paso es conocerse el hombre á sí mismo; el último, conocer á Dios.

DEL SOCORRO DE LOS POBRES,

6

DE LAS NECESIDADES HUMANAS.

JUAN LUIS VIVES

A LOS CÓNSULES Y SENADO DE LA CIUDAD DE BRUJAS (1), SALUD.

«Es obligación del peregrino y extranjerico, dice Ciceron, no ser curioso en una república extraña.» Es verdad; porque al paso que el cuidado y consejo amigables no pueden reprobarse, es aborrecible en todas partes la curiosidad en cosas ajenas; bien que por otra parte la ley de la naturaleza no permite que sea ajeno del hombre lo que conviene á los hombres, y la gracia de Cristo ha unido á todos entre sí estrechamente, digámoslo así, como betun celestial el más tenaz y sólido; mas dado que algo nos sea ajeno, el negocio presente no es de esta calidad para mí, que tengo á esta ciudad la misma inclinacion que á mi Valencia; y no la nombro con otra voz que *patria mia*, porque há catorce años que habito en ella, en cuyo tiempo, aunque haya interrumpido mi residencia algunas veces, otras tantas me he vuelto aquí como á mi propia casa.

Me ha agradado la conducta de vuestro manejo y administracion, la educacion y civilidad de este pueblo, y la increíble quietud y justicia que resplandecen en él, y las gentes aplauden y celebran. En efecto, aquí me casé; ni de otra suerte quisiera que se procurase el bien de esta poblacion, que como el de una ciudad en que tengo resuelto pasar el resto de vida que la benignidad de Cristo me concediere, y de la que me reputo ciudadano, mirando á los demas como hermanos míos. Las necesidades de muchos de ellos me obligaron á escribir los medios con que juzgo se les puede socorrer; asunto que en Inglaterra me habia rogado emprendiese, mucho tiempo há, el señor Pratense, vuestro prefecto, que piensa celosa é incesantemente, como debe, en el bien público de esta ciudad.

A vosotros dedico esta obra, ya porque os esmerais en hacer bien y aliviar á los miserables, de que da bastante testimonio la muchedumbre de pobres que concurre de todas partes aquí, como á refugio siempre prevenido para los necesitados, ya tambien porque como haya sido el origen de todas las ciudades, con el fin de que cada una de ellas fuera un lugar en donde con dar y recibir beneficios, y con el auxilio recíproco, se aumentase la caridad y afirmase la sociedad de los hombres, debe ser particular desvelo de los que gobiernan cuidar y poner todo esfuerzo en que unos sirvan á otros de socorro, nadie sea oprimido, nadie injuriado, nadie reciba daño injusto, y que al que es más débil asista el que es más poderoso, y de esta suerte la concordia del comun y congregacion de los ciudadanos se aumente cada dia en la caridad y permanezca eternamente.

A la verdad, así como es cosa torpe para un padre de familia el que deje á alguno de los suyos padecer hambre ó desnudez, ó el sonrojo y fealdad de la vileza del vestido en medio de la opulencia de su casa, del mismo modo no es justo que en una ciudad rica toleren los magistrados que ciudadano alguno sea maltratado de la hambre y miseria. No os desdigneis, os ruego, de leer este escrito, ó si no gustais de ello, á lo ménos reflexionad muy cuidadosamente el asunto que en él se trata del bien público, ya que os mostrais tan solícitos en enteraros del pleito de cualquiera persona particular, de mil florines, por ejemplo, de controversia.

Deseo á vosotros y á vuestra ciudad toda prosperidad y dicha.—Brujas, 6 de Enero de 1526.

(1) Brujas, ciudad de Flándes, su propio nombre flamenco *Brugghe*, que significa Puente. Tomó el nombre de un puente, llamado Brugh-Stoch, que habia en

el sitio donde está ahora la ciudad, cerca la catedral. Otros dicen que tomó su nombre de los muchos puentes que hay allí sobre canales.